

PERSONAJES.

DON ANSELMO.
DON DIEGUITO.
DON CLETO.
DON SIMPLICIO.
DOÑA MARIA.
DOÑA ADELAIDA.
SIMON, *criado*.

*La escena es en Madrid, en casa de don Cleto,
y en una sala de la habitación que ocupa en ella
don Dieguito.*



ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. ANSELMO Y D. DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

Mil veces y mil repito,
que habéis obrado muy mal.

D. ANSELMO.

Pero dime, pese á tal,
¿en donde está mi delito?

D. DIEGUITO.

En dejar á Santander;
sin escribirme siquiera
dos renglones.

D. ANSELMO.

Bueno fuera,
queriéndote sorprender,
enviártelo yo á decir.

D. DIEGUITO.

Pues si media hora tardáis
en llegar, no me encontráis.

D. ANSELMO.

¡Ola! ¿pensabas salir?

D. DIEGUITO.

Sí señor; hay baile en Francia. . . .

D. ANSELMO.

¡Y te ibas sin mi licencia!
dígame que es imprudencia.

D. DIEGUITO.

Y la vuestra es ignorancia.
¡Cuánto sentís la montaña
tío y señor!

D. ANSELMO.

Ya se ve
que lo siento y mucho; que
¿no hay más que salir de España?

D. DIEGUITO.

No quise hablaros tampoco
de tamaña tontería;
sólo sí, que usted olía
á montañés.

D. ANSELMO.

Y dí loco,
sin respeto ni decoro,
¿á qué huele un montañés?
porque si á escabeche no es,
bien sabe Dios que lo ignoro,

D. DIEGUITO.

Que os he de hablar, estoy viendo
siempre en lenguaje muy llano.

D. ANSELMO.

Mira, háblame en castellano,
y verás como te entiendo.

D. DIEGUITO.

Pues sepa usted, ya que viene
de provincia, y no lo sabe,
(aunque ignorancia tan grave
casi disculpa no tiene)
que el ir á Francia, es lo mismo
que ir á ver su Embajador.

D. ANSELMO,

¿Y quién entiende señor
tan elegante modismo,
á no ser uno de ustedes?

D. DIEGUITO.

Es verdad; y apostaría
á que no se me entendía,
ni en Móstoles, ni en Paredes;
y ya ve usted caro tío
si están cerca.

D. ANSELMO.

Si lo están,
mas no, no te entenderán
de seguro, yo lo fío.

D. DIEGUITO.

Pero dejemos á un lado
semejante necedad,
y decidme ¿qué deidad,
os ha tan bien inspirado?
¿Qué genio os ha conducido
tan bienhechor y tan grato,
á Madrid?

D. ANSELMO.

Un Maragato,
es sólo quien me ha traído.

D. DIEGUITO.

¡Maragato! puf qué horror.

D. ANSELMO.

Oyes, no era muy bonito,
mas con todo, te repito
que ha sido mi conductor;
y cuando el mal pensamiento
de ver á Madrid me dió,
con la idea de ser yo
padrino en tu casamiento,
no puse el mayor cuidado
en la beldad del muchacho,
sino en el trote del macho,
en que vine atravesado.

D. DIEGUITO.

Según eso amado tío
dejáis por mí vuestro hogar,

D. ANSELMO.

¿Y qué hay de particular
en eso sobrino mio?
¿no eres tú de mi caudal,
solo y único heredero?
¿no te educó con esmero
mi cariño paternal?
Si vinistes á la Corte
á soñadas pretensiones,
¿no fueron, di, mis doblones,
los que te dieron el porte
de galán y de entendido?
¿contrarié jamás tu gusto?
pues entonces ¿no es muy justo,
ya que quieres ser marido,
que también quiera mi amor
conocer con Barrábas,
la sobrina que me das?

D. DIEGUITO

Y ¿cómo podré señor,
dignamente agradecer,
un favor tan señalado?

D. ANSELMO.

Está luego hartos pagado
si se llega á conocer,
¿pero Diego y con tu amante
en qué altura te hallas, di?

D. DIEGUITO.

Toma, que me adora.

D. ANSELMO.

Sí,
pues has logrado bastante:
¿y el padre?

D. DIEGUITO.

Sin duda alguna,
me quiere con más ternera
que la chica; y más firmeza.

D. ANSELMO.

¡Jesús hombre y qué fortuna!

D. DIEGUITO.

Si señor, y aunque abogado
de crédito cual ninguno,
no defiende pleito alguno,
sin haberlo consultado
antes conmigo.

D. ANSELMO.

¡Qué dices!
¿y saben eso los clientes?

D. DIEGUITO.

Lo ignoro, pero son gentes
que tienen buenas narices.
y ya lo habrán conocido.

D. ANSELMO.

Pues mira, querido Diego,
quien pierda su pleito, luego
te ha de estar agradecido,

D. DIEGUITO.

Es mucho lo que me quiere
D. Cleto, y sin opinión
propia, en cualquiera ocasión
á mi opinión se refiere:
por eso usted le verá
preguntarme á troche y moche,
D. Dieguito ¿es ya de noche?
D. Dieguito ¿lloverá?
y otras mil cosas que evito,
por ser relación molesta.

D. ANSELMO.

Ya, como que tiene puesta
su confianza en D. Dieguito.

D. DIEGUITO.

¿Y la madre? ¡qué señora
tan buena! ¡si pierde el juicio
por mí! ¿pues y D. Simplicio?

D. ANSELMO.

¡Calle! ¿á que también te adora
D. Simplicio?

D. DIEGUITO.

Que sé yo,
pero á lo menos lo dice;
y á cada instante bendice
la madre que me parió.

D. ANSELMO.

¿Y quién es el tal?

Universidad de Nuevo León
BIBLIOTECA
VALVERDE Y TELLEZ
Gorostiza

D. DIEGUITO.

El tal,
es un amigo querido
del padre, que ha dirigido
la educación racional
de la hija.

D. ANSELMO.

¿Con que sabrá
mucho?

D. DIEGUITO.

Ya se ve que sabe.
¡Sabe el francés!

D. ANSELMO.

¡Olal grave
estadio.

D. DIEGUITO.

Y tradujo ya
no sé si fueron dos mil
melodramas.

D. ANSELMO.

Pues amigo,
si tradujo bien, te digo
que no es ningún zascandil.

D. DIEGUITO.

Y cuánto no hubiera dado,
porque á sabio tan divino,
en casa de Zeferino,
hubiese usted escuchado
ayer mismo al medio día.

D. ANSELMO.

¿Es casa de algún señor,
de las ciencias protector?

D. DIEGUITO.

No, es una pastelería
donde fuimos á almorzar.

D. ANSELMO.

¿Y quién pagó.

D. DIEGUITO.

Pagué yo:

porque á los hombres de pró,
jamás permito pagar.

D. ANSELMO.

No hiciera más Salomón;
que un literato cabal,
tiene en letras su caudal,
nunca en reales de vellón.

D. DIEGUITO.

Pues como digo; fué tanto
lo que el hombre me elogió,
que casi me sonrojé.

D. ANSELMO.

Más humilde eres que un santo;
pero qué sabes hacer,
dí. para que así te adoren
las hembras, y se enamoren
los machos du tu saber?

D. DIEGUITO.

No sé, mas ello no es cuento.

D. ANSELMO.

¿Será estrella?

D. DIEGUITO.

No es estrella;
sino mi figura bella
y mi gran entendimiento.
¿Quiere usted que le refiera,
de que modo conocí
á mi Adelaida?

D. ANSELMO.

Hombre sí.

D. DIEGUITO.

Fué cosa muy lisonjera:
Un domingo en cierta parte
donde bailábamos antes,
entre un grupo de elegantes
hijos de Venus y Marte,
que todos ellos hablaban
á un tiempo, y se divertían
infinito, pues reían
y á sí propios se escuchaban;
una señorita estaba
tan discreta como hermosa,
que lánguida y desdenosa,
apenas les contestaba.
Cuanto la vi, me gustó;
la hice señas, y en verdad

si os he de hablar realidad,
en ellas no reparó.

Su indiferencia por fin
cansó mi orgullo ofendido,
y así poniéndome erguido,
arreglado el corbatín,
atusándome el cabello,
y el sombrero bajo el brazo,
me acerco paso ante paso
adonde estaba aquel bello
serafín, aparentando
que por distracción me arrimo,
y saludando con mimo
á cuantas iba mirando.

Llegué al cabo, y con la idea
de que viese el tono mío,
le hablé de calor y frío,
de Máiquez y la Correa,
de Parls, (donde no he estado,)
de bailes, música, y cantos,
y eu fu murmuré de cuantos
se hallaban á nuestro lado.
¡Mas ay Dios y qué fracaso!
la ninfa de mis amores,
apesar de mis primores
no me hizo tampoco caso,
y cuando quise después
ponderarla su hermosura,
el diablo de la criatura,
sólo respondió con pues,
vaya. Jesús qué burlón,

son ustedes muy ladinos,
ó con otros desatinos
que aumentaban mi pasión.
Aburrido al ver tan rara
frialdad, pensé en retirarme:
en esto siento abrazarme
por detrás, vuelvo la cara,
hallo un simple conocido,
que se informa cuidadoso
de mi salud, que enojoso
me abruma á puro cumplido,
que habla de vd. de su renta,
que exagera mi caudal;
y que después informal,
sin despedirse se ausenta.
La niña con atención
observaba aquesta escena,
y sin duda la enajena
mi talle y mi discreción;
pues luego que el importuno
se va, con dulce soflama
me mira, se ríe, me llama
y distingue cual ninguno.
Bailamos señor, bailamos
en seguida siempre juntos;
hablamos de mil asuntos
y del nuestro al cabo hablamos;
y fué tal nuestra pasión,
que ya nos juramos fé
eterna, en un balancé
del séptimo rigodón.

D. ANSELMO.

¡Mire vd. tanto desvío
en lo que luego paró!

D. DIEGUITO.

Y en tal noche; no sé yo
como pudo el dueño mío
de mi figura gustar,
por cierto lo extraño mucho,
pues estaba tan malucho,
y acababa de pasar
tal crugida, que en verdad
ya fué buena, como que
burla burlando, apuré
en mi corta enfermedad
cuantos diascordios había
en la botica famosa
de la Reina Madre.

D. ANSELMO.

¡Hay cosa
más rara! pues si tenía
cuatro novios como tú
por vecinos, la botica
quedaba pronto más rica
que una mina del Perú.

D. DIEGUITO.

Los padres no conocieron
nuestra pasión; porque atentos
me hicieron mil cumplimientos,
y su casa me ofrecieron.
Luego me dejaban solo

con ella por el jardín,
y luego... vamos por fin
me enamoré como un bolo.
¡Mas casualidad maldita!
cuando estaba más metido,
sale el viejo con que ha olido
la maraña, gruñe, grita,
mil escrúpulos le asaltan,
me declara cruda guerra,
y de su casa me cierra
las puertas.

D. ANSELMO.

Vaya no faltan
contratiempos en tu historia.

D. DIEGUITO.

Por fortuna no soy tonto,
y supe conjurar pronto
el nublado: aunque la gloria
debo en parte á don Simplicio,
pues fué quien me aconsejó
que de boda hablase yo.

D. ANSELMO.

¡Cáspita y qué beneficio!
por supuesto ¿bastaría
que esta voz se pronunciase,
para que al fin se allanase
todo?

D. DIEGUITO.

En aquel mismo día
después una habitación

se encuentra desocupada
en la casa de mi amada,
y sin ninguna intención
se me ofrece por los viejos;
yo la admito... porque al cabo
quise estar más cerca.

D. ANSELMO.

Bravo,
siempre es mejor que estar lejos,

D. DIEGUITO.

¿Quién lo duda?

D. ANSELMO.

Pero chito;
que he sentido cierto ruido
de campanillas. Querido,
¿tiene tu suegro bendito,
calesín?

D. DIEGUITO.

¿Y para qué?

D. ANSELMO.

¡Toma! para ir la otoñada
al Consejo.

D. DIEGUITO.

¡Qué bobada!

en caso fuera bombé:
mas si no me engaño, son
los sellos de don Simplicio.

D. ANSELMO.

Pues eran para mi juicio
calesín ó procesión.

ESCENA II.

DON SIMPLICIO Y DICHOS.

D. SIMPLICIO.

Señor Don Diego, sabed
que vengo comisionado
por vuestro dueño adorado
para que.... ¡Ah! perdone vd.
caballero. *(Rep. en D. Ans.)*

D. ANSELMO.

Servidor

de vd.

D. SIMPLICIO.

Vuestro me repito:
escuche vd. don Dieguito,
con licencia del señor.

D. ANSELMO. *(Aparte.)*

Vd. la tiene: éste va
á preguntar quién soy yo.

D. SIMPLICIO. *(Aparte á D. Dieguito.)*

¿De qué tapiz se arrancó
la figura que allí está?

D. DIEGUITO. *(Id. á D. Simplicio.)*

Sepa vd.

D. SIMPLICIO. *(Id. á D. Dieguito.)*

Por vida mía
que es espantosa visión;
¡qué chupa! ¡qué casacón!

mullidor de cofradía
cuando menos será el tal.

D. DIEGUITO. *(Id. á D. Simplicio.)*

Don Simplicio, poco á poco....

D. SIMPLICIO. *(Id. á D. Dieguito.)*

O si en esto me equivoco,
podrá ser un animal.

D. DIEGUITO. *(Id. á D. Simplicio.)*

¡De mi tío se habla así!

D. SIMPLICIO. *Id. á D. Dieguito,*

¿Qué dice vd. por S. Telmo?

D. DIEGUITO. *Id. á D. Simplicio*

Qué es mi tío don. Anselmo.

D. SIMPLICIO. *Id. á D. Dieguito.*

¿El de los millones?

D. DIEGUITO. *(Id. á D. Simplicio.)*

Sí.

D. SIMPLICIO. *(Id. á D. Dieguito.)*

Acabara vd. de hablar.

Una y mil veces dichoso *(A D. Ans.)*

este instante venturoso
es para mí, sí: abrazar
al mortal ilustre puedo,
cuya sensibilldad,
bondad, amabilidad,
probidad, edad, y....

D. ANSELMO.

Quedo,

don Simplicio; basta ya
de piropos.

D. SIMPLICIO.

No señor,
no basta; porque mi amor,
es mucho amor. Ojalá
que la fama me cediese
por un instante, las cien
trompetas....

D. ANSELMO.

¡Ay Dios! ¿y quién
quiere vd. que se estuviese
dos minutos á su lado?
Pobres orejas.

D. SIMPLICIO.

Entonces
su nombre de vd. volara
de boca en boca, y lograra
eternizarse con bronces,
estatuas y monumentos;
entonces.... pero ¡qué digo!
permítame vd. amigo,
que deje los cumplimientos,
y en alas de mi deseo
noticia tan placentera
anuncie.

D. ANSELMO.

Como vd. quiera,
don Simplicio; pero creo
que mi traje no es decente,
para ponerme delante
de damas y....

D. SIMPLICIO.

Es elegante,
sí señor; y ciertamente
todos dirán que su corte
es á la inglesa; que él es
obra de un sastre francés
establecido en la Corte;
y que os costó sendos reales.

D. ANSELMO.

Pues tenga vd. por muy cierto,
que es obra de un sastre tuerto
natural de Castro Urdiales.

D. SIMPLICIO.

Y añada vd. que también
se encuentra la prueba en eso
del espantoso progreso
de las luces; ¿digo bien,
don Dieguito?

D. DIEGUITO.

¡Qué sé yo!
fuera en verdad muy perverso,
si á la faz del universo,
no declarase que no.
Esa hechura en realidad,
no es de moda.

D. SIMPLICIO.

Yo no digo
que lo sea, pero....

D. DIEGUITO.

No amigo:
ca puntos de esta entidad,
no transjó con mi honor.

D. SIMPLICIO.

Es terrible este don Diego:
joven, rico, amable, y luego
petimetre... mas señor
es preciso confesar
que tenéis todo un sobrino.

D. ANSELMO.

¿Quién lo niega?

D. SIMPLICIO.

Es desatino,
lo que debe adelantar
en su carrera.

D. ANSELMO.

Sí tal;
cuando empiece una carrera.

D. SIMPLICIO.

No hay mujer que no se muera
por él.

D. ANSELMO.

Pues hace muy mal.

D. SIMPLICIO.

Ya se ve, tiene tan bella
figura....

D. ANSELMO.

No he reparado.

D. SIMPLICIO.

Su talento es despejado....

D. ANSELMO.

Me alegro.

D. SIMPLICIO.

Y después aquella
instrucción, aquel despejo
que el cielo le ha concedido,
admlra.

D. ANSELMO.

¿Con que es instruído?

D. SIMPLICIO.

Sí señor, por mi consejo,
se traga cuanto papel
ya docto, ya literario,
se imprime.

D. ANSELMO.

¿hasta el calendario?

D. SIMPLICIO.

También se cuenta con él.

D. ANSELMO.

Sopla.

D. SIMPLICIO.

Mas quiero callar
porque pudiera ofender
su modestia y....

D. DIEGUITO.

No puede ser;
no señor, y continuar
debe vd.

D. ANSELMO.

Mas el recado
consabido....

D. SIMPLICIO.

Voy corriendo,
pero antes será diciendo
que sois muy afortunado *A D. Ans.*
en tener tal sobrinito;
pues por más que lo busquéis
es fijo que no podréis
hallar otro D. Dieguito.

D. ANSELMO.

¡Y necio de mí! pues yo
no juzgué que el chico fuera,
un hombre como cualquiera.

D. SIMPLICIO.

¿Como cualquiera? eso no;
es un ser muy diferente.

D. ANSELMO.

Ya lo empiezo á conocer.

D. SIMPLICIO.

Agur pues.

D. ANSELMO.

Hasta mas ver.
¡qué necio y qué impertinente!

[*Aparte*]

ESCENA III.

D. ANSELMO Y D. DIEGUITO.

D. DIEGUITO.

Vaya tío la verdad,
no es cierto que D. Simplicio
es un pájaro de cuenta:

D. ANSELMO.

No hay duda sobrino mío;
es un hombre extraordinario.

D. DIEGUITO.

¡Toma! por eso le he visto
siempre á la moda....

D. ANSELMO.

Lo creo.

D. DIEGUITO.

Y le llevan en palmitos,
y....por eso me contentan
sus elogios repetidos,
mucho más que si saliesen
de los labios esquisitos
de un doctor en teología.

D. ANSELMO.

¿Y si fueren excesivos?
y si acaso te tratase
con demasiado cariño,
con harta parcialidad.

qué dirías? él es tu amigo,
y algo pródigo en elogios.

D. DIEGUITO.

¡Pródigo en elogios, lindo,
precisamente de nadie
hablar bien nunca le he oído
si no de mí.

D. ANSELMO.

Mayor causa
para desconfiar, sobrino.
Tú no eres ningún Adonis.
como ya te lo habrá dicho
el espejo muchas veces;
además ¿donde has seguido
los estudios? ¿cuáles aulas
has cursado? vaya, dílo
para encontrarte adornado
de un saber tan repentino?

D. DIEGUITO.

¿Con que nada sé?

D. ANSELMO.

Sabrás
sino lo has puesto en olvido,
la gramática latina
que te enseñó siendo niño
el domine en Santander,
y aquello que por ti mismo
hayas podido aprender
en Madrid, que si yo digo

lo que siento, nunca será
mucho.

D. DIEGUITO.

Pues mire vd., tío,
lo que es gramática sé
bien poco; pero os afirmo
que nada absolutamente
desde entonces he aprendido.

D. ANSELMO.

¿Luego tu ciencia es infusaj

D. DIEGUITO.

Infusa, ó no es positivo,
que todos dicen que tengo
un talento peregrino.

D. ANSELMO.

El talento como el suelo
mas feraz, si de cultivo
carece, nunca produce
sino inútiles espinos;
así, Diego, nada importa
que lo tengas esquisito:
si te falta la instrucción.

D. DIEGUITO.

No me falta, ¡ay tal capricho!

D. ANSELMO.

¿Pues dime qué sabes?

D. DIEGUITO.

¿Yo?

D. ANSELMO.

Tú.

D. DIEGUITO.

No lo sé á punto fijo;
pero ello es que hablo de todo,
y me aplauden, y decido
magistralmente y....

D. ANSELMO.

Pues eso
no es saber nada, Dieguito.

D. DIEGUITO.

Ya, porque no lo estudié;
como si fuese preciso
para ser un literato,
enterrarse entre los libros.

D. ANSELMO.

Hombre, á mi me parecía
necesario requisito.

D. DIEGUITO.

En la montaña quizá
lo será, pero es sabido
que nunca en la Corte se hila
tan delgado.

D. ANSELMO.

Te repito
que no lo entiendo.

D. DIEGUITO.

Además,
qué interés habrán tenido
ni D. Cleto ni su esposa
ni Adelaida ni Simplicio
en engañarme y decir
lo que dicen. Adivino
que me saldréis con la pata
de gallo, que nunca han sido
voto las mujeres, cuando
nos hablan de sus queridos
hasta después de casadas
con ellos; mas señor mío,
¿él D. Simplicio y D. Cleto
se casan también conmigo?

D. ANSELMO.

Soy de dictamen que no.

D. DIEGUITO.

Pues ambos juran que han visto,
un pozo de ciencia en mí.

D. ANSELMO.

Permita el cielo divino
que no sea un falso.

D. DIEGUITO.

Mil gracias
por el cumplimento, tío,

D. ANSELMO.

No te enfades, hombre, y sea
lo que quieras, Si ha cabido

dudas en mi corazón,
si manifesté sencillo
mi temor, de que no fuesen
la buena fe ni el cariño
los sentimientos que dictan
elogios tan desmedidos,
no fué porque tú no puedas
merecerlos, pero amigo
por desgracia no soy joven,
y muchas veces he visto,
ensalzar hoy, lo que ayer
mereció befa y ludibrio,
y vice versa. ¿Te acuerdas,
dime, de D. Agapito
aquel pretendiente á togas
tan flaco y tan consumido,
y de quien todos burlaban
en la tertulia del primo
D. Eustoquio?

D. DIEGUITO.

Sí me acuerdo.

D. ANSELMO.

Pues luego le he conocido
oídor en Oviedo, y ya
era un hombre muy sabido
y muy leído, después
le nombraron para Quinto
de Regente y ya era un sabio,
y se murió el pobrecillo
por último y volvió á ser

para todos un borrico.
Mira tú que altos y bajos
el concepto ha padecido
del pobre Regente, y piensa
si estás expuesto á los mismos.

D. DIEGUITO.

Como yo no fui Regente,
ni....

D. ANSELMO.

Pero puedes ser rico
y....

D. DIEGUITO.

Silencio por la Virgen,
que viene....

D. ANSELMO.

¿Quién? un novillo.

D. DIEGUITO.

No señor, mi suegro y toda
su familia.

ESCENA IV.

DOÑA MARIA, DOÑA ADELAIDA, D. CLETO,

D. SIMPLICIO y dichos.

D. CLETO.

Bien venido
señor D. Anselmo, vaya
tuvo vd. bien calladito
su viaje....

D. ANSELMO.

Fué tan de pronto

D. CLETO.

Y no sé como no riño
con vd., pero mejor
será abrazarle.

D. ANSELMO.

Del mismo
dictamen soy.

D. CLETO.

¿Sabe vd.,
que está rejuvenecido,
y que nadie le dará
treinta años?

DOÑA MARIA.

Ni veinte y cinco,
pues no ves el sonrosado
de las mejillas, el brillo
de los ojos, el . . . si no
que lo diga D. Simplicio.

D. SIMPLICIO.

Tenéis razón, y apostara
á que el señor ha tenido,
la fortuna de bañarse
en el seno cristalino
de la fuente de Juvencio.

D. ANSELMO.

¡Bañarme en fuente! pues digo
acaso los Montañeses

somos tan puercos, los ricos
tomamos baños en tina,
y los pobres en el río.

D. SIMPLICIO.

Hablaba en alegoría.

D. ANSELMO.

Ese es otro desatino,
guarde vd. su alegoría
para el cortesano lindo
que dice lo que no siente,
y lo que no se le dijo
oye, pero á montañés
el pan pan, y el vino vino.
Mas hablemos de otra cosa;
supongo señores míos,
que de la amable Adelaida,
estoy viendo los hechizos?

DOÑA ADELAIDA.

Soy muy servidora vuestra.

D. ANSELMO.

Advierto que mi sobrino
no me ha engañado y que son
sus retratos parecidos.

DOÑA MARIA

¡Ola! con que escribió á vd.

D. ANSELMO.

Mil veces.

Doña MARIA.
Qué picarillo,
y decidme ¿en prosa ó verso?

D. ANSELMO.
Con prosa sobra infinito,
cuando se pide dinero,
y como este siempre ha sido
el objeto principal
de sus cartas....

Doña MARIA.
Pues amigo
tiene mucha habilidad;
y si no, vaya Dieguito,
recite vd. si es que gusta
aquel soneto tan lindo
que compuso á un estornudo
de Adelaida!

D. DIEGUITO.

¡Qué delirio!

Doña MARTA.

¿Por qué?

D. DIEGUITO.

Si no vale nada.

Doña MARIA.

¡Modestia!, usando artificio
con que siempre los autores
disfrazan su orgullo mismo;
así pues fuera modestia.

Doña ADELAIDA.

Quizá el señor no halla digno
el objeto y....

D. SIMPLICIO.

Un estornudo,
Adela, es un desperdicio,
y un desperdicio de vd.
puede dar harto motivo,
no digo para un soneto,
sino también para cinco
melodramas: por lo cual
soy de opinión que sin mimos
ni subterfugios, nos diga
su soneto Don Dieguito.

D. DIEGUITO.

Pero si....

D. ANSELMO.

Vamos no te bagas
de rogar, que si salimos
después con lo que me temo,
mereces dobles silbidos.

D. DIEGUITO.

Pues, señor, por obediencia
solamente lo recito.

*A la encantadora Adelaida, oyéndola
estornudar el día 14 de septiembre de
1818 á las 3 y 29 minutos de la tarde.*

SONETO.

Si fuese negro, guachi repitiera;
Alá te guarde siendo musulmano,
y si hubiese nacido castellano
con un *dominus tecum*, respondiera.

Pero como la suerte lisonjera
me eleva á petimetre cortesano,
por más que Dios me tenga de su mano
te diré lo que nadie te dijera.

Primero te diré que el Dios Cupido,
tira flechas con arcos diferentes
para hacernos dichosos ó infelices;
y después te diré que complacido
al observar mis prendas eminentes,
para mí, se sirvió de tus narices.

D. SIMPLICIO.

Bravo amigo, lindamente.

D. CLETO.

¡Qué soneto tan divino!

D. SIMPLICIO.

Esto se llama hacer versos;
que vengan pues los Virgilio,
los Lopes los Garcilasos,
y verán . . .

D. ANSELMO.

¿Conque este chico
compone mejores versos
que Lope?

D. SIMPLICIO.

Con tercio y quinto

D. ANSELMO.

¡Y con esa figurilla
tan poco poética!

DOÑA MARIA.

Amigo

no tenéis por Dios razon;
la figura de Dieguito,
es tal, cual siempre conviene
á la gente de su oficio.
¿Ha visto vd. en su vida
un poeta gordo, rollizo
ni con buenas pantorillas?

D. ANSELMO.

¡Son tan pocos los que he visto!

D. CLETO.

D. Dieguito ¿sale vd.
esta noche?

D. DIEGUITO

Nó, es preciso
sacrificarla en obsequio
de nuestro recién venido.

D. CLETO.

Pues entonces vamos
á la sala, y divertidos
podremos pasar el rato
hasta la cena.

DOÑA MARIA.

Un tresillo
jugaremos.

DOÑA ADELAIDA.

No mamá;
soy de parecer distinto,
mejor será que sigamos
nuestro tema interrumpido
por el señor.

D. SIMPLICIO.

Hablaremos
sensibilidad.

D. DIEGUITO.

Pues listo
vamos todos.

D. ANSELMO. (*A parte*)

Vamos todos.
¡Ay Valladolid bendito
que bien tu casa de orates
estuviera en este sitio!

ESCENA V.

DON CLETO Y DON DIEGUITO.

D. CLETO.

Don Dieguito.

D. DIEGUITO.

Mande usted.

D. CLETO.

Ya que llegó vuestro tío,
bueno fuera que á su vista

se zanjase el consabido
enlace, y si fuese pronto
mejor.

D. DIEGUITO.

Sí, sí, muy bien dicho,
cuando se desnude, pienso
hablarle.

D. CLETO.

Mañana mismo
viene á casa un escribano
para ciertos asuntillos
y puede haer de una vía
dos mandados; esto es, digo,
si á vd. le parece.

D. DIEGUITO.

Vaya
si me parece: poquito
lo deseo yo.

D. CLETO.

Y con razón;
porque caballero mío,
aun no sabe su merced
qué gran cosa es ser marido.